

Las playas en narraciones e imágenes

Mónica María del Valle Idárraga
Editora académica



Hernando Gómez Restrepo. Monjas en las playas de Santa Marta. Ca. 1960. Museo Nacional de Colombia, donada por Lucía París de Gómez.

Este libro reconstruye de modo fragmentario y polifónico el surgimiento y transformación de varias playas del hoy llamado Caribe colombiano, en el lapso de unos cuarenta años (de 1950 a 1990), en torno al turismo, desde textos literarios y visuales. Los capítulos se tejen en torno a dos argumentos indesligables: para empezar, que cada playa tiene una historia muy propia, por más que comparta algunos rasgos de las playas como espacios de la industria turística global y, así mismo, que en esa historia los textos y las imágenes están haciendo el trabajo de ir construyendo la noción de playa turística o, en la mayoría de los casos que nos ocupan, cuestionando lo que implicó su aparición para las personas y los pueblos ribereños. Es central a este trabajo en su conjunto el ir y venir entre textos literarios y textos visuales. Ese contraste permite alumbrar sentidos inusitados, sumamente variados de un capítulo a otro: en algunos, las imágenes hacen parte de una rebeldía contra el turismo; en otros, hacen parte de su naturalización.

Al concentrarnos sobre cómo figuran las playas en ese material, mediante un abordaje temático, con análisis microtextual acompañado de una contextualización detallada, podemos contribuir a enunciar un momento concreto en la vida de cada playa, así como precisar de qué hablan las escritoras y escritores cuando tratan la franja costera: un hablar para nada homogéneo. El resultado es un denso tejido donde se puede apreciar cómo va naciendo una noción de playa turística, una noción paralela a las intervenciones físicas en el paisaje, y cómo las obras hacen críticas sofisticadas a la transición que la playa turística significó para poblaciones ribereñas. En otras palabras, cada capítulo decanta y hace explícita una retórica gráfica o narrativa constituyente de las obras o las fotografías y que suma su hacer a la institucionalización de la “playa turística” como realidad social, naturalizada, entre esos años, o a poner en evidencia sus deletéreos efectos.

En Colombia, la reflexión sobre las playas turísticas ha corrido por cuenta de la antropología, la biología marina, recientemente la

historiografía, la economía incluso, preocupadas por el atropello que representa el turismo y su economía de monocultivo a las poblaciones asentadas en las riberas o que viven de ellas o intentando ofrecer alternativas al turismo depredador. Este estudio agrega una perspectiva necesaria donde escritoras y escritores se revelan partícipes del debate, muchísimo antes de que las disciplinas se aprestaran a notar los acosos de la explotación de las riberas y sus poblaciones. Para subrayarlo, en vista del poco protagonismo y de la poca especificidad que en los análisis sociales se reconoce en el país a los estudios literarios o de corte cultural: el abordaje combinado que hacemos sitúa a intelectuales como Amira de la Rosa y Fanny Buitrago, Jaime Manrique y Hazel Robinson en el ojo de discusiones que recién estamos teniendo como país, los muestra dialogando con la problemática de la oposición “la costa”-“lo andino” (es el caso de Tomás González) que la industria turística recicla convenientemente para sus usos y, más que nada, ilumina no solo posturas sino llamados de atención potentes al camino que iba tomando el turismo en los años sesenta en especial. Este llamado de atención pasa por alinearse con las poblaciones que esa industria empieza a arrasar en su marcha, por cuestionar las acciones de los grupos de élite local tanto como las élites “andinas” en ese escenario.

El proyecto

En julio del año 2016, como Fundación GCaribe. Pensamiento, cultura, literatura, y tras haber venido trabajando durante seis años temas del Gran Caribe, echamos a andar este proyecto de investigación con fondos propios: *Memoria de las playas*, una pesquisa desde el lente cultural y literario sobre el surgimiento de las playas turísticas en lo que hoy se denomina Caribe colombiano y sobre las formas de socialidad que entrañaron. Algunas personas andinas, otras caribeñas de nacimiento, unidas por un interés en el Gran Caribe y sus temáticas y problemas, interesadas en pensar sobre el agua por vi-

vencias propias y compartidas en viajes a las playas, deseosas de crear talleres sobre agua e interculturalidad (no desde una perspectiva ecológica ni dogmática sobre la conservación de prácticas en extinción forzosa, que creemos bastante paternalista, sino desde el intento por comprender la —a veces misteriosa— relación de las poblaciones ribereñas con las aguas y lo mucho que desconocemos de eso), todas pugnando por abordajes un poco desobedientes... eso éramos. De los capítulos proyectados, logramos elaborar los que aquí presentamos. Por fuera quedaron tal vez para urgencias posteriores un trabajo sobre el cuerpo femenino en las playas y uno sobre la pugna entre playas de alcornia y playas populares, y los usos recientes de esas playas en el marco de promociones de ciudades como Barranquilla, en el contexto global.

Las playas (o sus agentes: los turistas o los lugareños) cuya vida rastreamos son Prado Mar, Salgar y Puerto Colombia, en Barranquilla; Tolú y Coveñas, en Sucre; El Rodadero, en Santa Marta, y Spratt Bay y Sound Bay en la isla de San Andrés. Entre nuestros objetivos, los que efectivamente desarrollamos, guiados por el material que acopiamos, fueron: para empezar, decantar las ideas de “turista” subyacentes al uso de las playas en los textos y las imágenes (tipos de turista, motivaciones, relaciones con los “locales”) y, dos, fundamentalmente, sondear las ideas en torno al mar y la playa relacionadas con el auge y decadencia de estos espacios en concreto. Estos dos objetivos están apretadamente unidos con las ideas de modernidad en Colombia, y con la (aparente) ruptura (y real continuidad) de las divisiones geopolíticas constitutivas del país, esas que lo dividen en focos más civilizados versus otros que lo serían menos, un centro versus unos supuestos márgenes (la cercanía de Córdoba y Sucre a Antioquia, que busca su salida al mar; los mecanismos de apropiación de la isla de San Andrés, la transición de pueblos pesqueros a puertos en Puerto Colombia y El Rodadero son factores ineludibles en esta discusión). Por eso mismo, una recapitulación de cómo esas playas llegaron a convertirse en focos de turismo, y por qué (más allá

de su presunta buena ubicación y de su presunta belleza inmediata, y de las decisiones gubernamentales a su alrededor) llegaron a convertirse en playas de renombre, no podrá dejar de contemplar las brechas de clase y de raza que se abren con esa modalidad de explotación y de relación social llamada “turismo”.

Un componente importante de nuestros análisis (porque está en las obras y porque es central en la articulación del turismo de playa) es el género, en la medida en que los lugares propician exclusiones e inclusiones que pasan por los cuerpos: diseños de cuerpos lícitos, de funciones lícitas para ellos y asociaciones de género que invocan las de clase y raza, como pivote de la naturalización de las playas en cuanto espacio recortado dentro de una economía turística.

Esta investigación se nutre de historias culturales del mar como *The Sea* (Mack, 2011). Así mismo, dialoga con trabajos en el tema del turismo en el Gran Caribe como *Resisting Paradise. Tourism, Diaspora and Sexuality in the Caribbean* (Nixon, 2017) y *From Disease to Desire. Panama and the Rise of the Caribbean Vacation* (Charles Scott, 2016). El proyecto estuvo estructurado sobre las nociones de *geografía racializada* (Múnera, 2005) y *playa* (Corbin, 1993), como paisaje histórico-cultural. Entre nuestras preguntas guía contamos: ¿cómo se convierte en playa turística una playa como las que estudiamos?, ¿qué atributos se le conceden en textos literarios y en imágenes y qué finalidad cumplen?, ¿varían los atributos de un momento en el tiempo a otro, de un texto a otro?, ¿qué diferencias hay entre una playa como Coveñas, una como Salgar y una como Spratt Bight en imágenes y narraciones?, ¿qué fenómenos específicos de turismo ocurren en estas playas?, ¿qué signos de clase y de raza recorren las figuraciones de la playa en esos documentos?, ¿qué trabajos o funciones sociales se describen y con qué finalidad?, ¿cuáles de esas funciones son visibles, y aceptadas y cuáles no lo son?, ¿cómo juegan las visiones de género en estas playas?

La búsqueda de material para esta investigación nos dejó ante sorpresas archivísticas como las fotografías de playa (en especial

cartageneras) compiladas por la Universidad Tecnológica de Bolívar, de acceso público en su fototeca en línea (Biblioteca Daniel Lemaitre Tono). Estas fotos valiosísimas están por fuera de nuestro marco temporal (las hay desde los años veinte) pero son claves para investigaciones futuras de otras playas (El Cabrero, por ejemplo) y de poblaciones locales como los libaneses, que las vivían y las disfrutaban antes de la ola turística que les cambiaría su función. El suplemento dominical *En la playa*, producido por *El Universal* de Cartagena entre el 6 de septiembre de 1987 y el 29 de agosto de 1991, según existencias en archivo de la Biblioteca Nacional de Colombia, amerita un estudio específico, pues en sí mismo es un síntoma y permitiría analizar otros matices de la institucionalización discursiva y visual del turismo así como giros en la comprensión de las playas, otros usos como los deportes de viento y mar, el buceo, y el ingreso de las narrativas conservacionistas. Pero también asuntos como transiciones en la moda playera y leves virajes en el tipo de turismo que convocaban playas específicas (del turismo de romance al turismo familiar, por ejemplo).

Del lado literario, inicialmente tuvimos dificultades para hallar textos donde figuraran las playas para la época de nuestro encuadre, y terminamos desbordadas por la cantidad de narraciones de escritoras y escritores (de la “costa” Caribe y del interior del país) donde la playa juega algún papel. Cribamos por preferencias personales, a veces, pero en ocasiones también por prominencia de esa figuración en la obra o incluso porque podíamos alinear una interpretación con otras. Nuestra conclusión, hoy en día, es que si hiciéramos para el país un estudio siguiéndole el guiño a Corbin y a su libro *El territorio del vacío* (1993) sobre las transformaciones de las playas francesas en el siglo XIX a través de la imaginación filosófica y literaria, tendríamos suficiente material, de una variedad pasmosa, para elaborar un mapa de visiones de la playa en la Colombia de los últimos sesenta años, un período agitado para las playas en el mundo en general. Entrarían en este corpus textos succulentos del Pacífico colombiano

y numerosos textos recientes del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

Este estudio en su conjunto desarrolla solo un lado de un tema que no nos concierne en exclusividad. En lo que hoy llamamos el Gran Caribe, las playas turísticas empiezan a coger auge desde los años 30, 40 y algunos de los atributos que se anexan a la promoción de las playas turísticas de “la costa” en Colombia reverberan sobre esas playas previas que son como los sitios de ensueño a los que las playas colombianas aspiran a parecerse (en la publicidad o en la mente de los empresarios: de arena blanca, con hoteles de alcurnia). Uno de los modelos de los hoteles de lujo en el Gran Caribe es el Myrtle Bank, de factura y gerencia estadounidense, en Jamaica (Thompson, 2006). A este respecto, hallamos pocas historias de la hotelería en Colombia (Moreno Riveros, 1981; Valencia Caro, 2011), y en particular en la “costa” como para poder hacer una comparación sustanciosa del desarrollo de la hotelería en Cartagena, Santa Marta, Barranquilla y el desarrollo de la hotelería en el Gran Caribe. Un estudio dispendioso, pero nada inútil, sería el de una historia del tipo de playas (arenosa o rocosas, de arena clara o de arena oscura) y su relación con cambios en modalidades de turismo, así como su relación con folletos de promoción turística del Gran Caribe traídos a Colombia. En los periódicos que revisamos, hay algunas huellas dispersas de elogios a playas como las de Aruba, que pueden haber jugado un papel en la re-producción de playas “icónicas”, de arena clara, en el país. Son líneas de pesquisa pendientes para estudios posteriores.

Pero, de otro lado, no teníamos un estudio contrastado de este tipo que contribuyera una perspectiva local desde la imaginación literaria a esta dinámica de creación de las playas turísticas. En la “costa” colombiana, esa playa nace gracias a la conjunción de varios elementos, que aparecen con distinto peso en los capítulos de este libro. La playa turística de los años 1950 es posible porque empiezan los vuelos económicos desde el centro del país; porque media el cine (Barón Pino y Ordóñez Robayo, 2011), porque los nadaístas andan

buscando paraísos no urbanos ni capitalinos y viajan a ellos y los publicitan; porque los médicos empiezan a diagnosticar el estrés y a recomendar el ocio (Castaño González, 2017). Y porque en la coyuntura del Frente Nacional el juego “costa”-“centro” empieza a vibrar sobre otros resortes que incluyen el comercio marítimo y por ende el reconocimiento de élites políticas de la “costa” como actores renovados en este panorama político. Esos son los hilos que tensionan las obras y las imágenes que analizamos.

Los recientes destrozos del huracán Dorian en las Bahamas, la acuciante crisis en San Andrés y el archipiélago, las mareas de basura que llegaron hace poco a las playas de Puerto Colombia y los efectos de la suspensión temporal del turismo en el Gran Caribe durante la pandemia del Covid 19 nos obligan a volver a pensar nuestra relación con los paraísos de arena, con las dinámicas extractivistas, con el simple placer de ir a la playa, tanto si somos habitantes de los lugares aledaños como si somos turistas ocasionales. ¿Podríamos vivir sin ir al mar, sin disfrutar la playa? no parece ser una pregunta que se pudiera hacer en medio de la promoción del ecoturismo y que ni siquiera se escuchaba en medio de los alegatos contra el calentamiento global, pero que la pandemia obligó a pensar. Como estudiosos de la literatura y de la imaginación, nuestra pregunta podría ser: ¿Hacia dónde nos estará llevando nuestra imaginación, qué otro camino nos estarán mostrando las obras? ¿Qué contendrán, como visión de la playa, del mar y del turismo, las obras más desafiantes al respecto hoy en día? Después del cronotopo “playa turística” de la costa colombiana cuya construcción despliega este libro, ¿qué vendrá?

Obras citadas

- Barón Pino, M.S y Ordóñez Robayo, C.A. (julio-diciembre, 2011). Postales audiovisuales. Exotismo, turismo y Pa’ Colombia. *Calle14* 5(5): 80-92
- Castaño González, E. (enero-junio, 2017). Reposar para trabajar: de la fatiga psicológica al universo del estrés. Colombia, 1937-1991. *Historia y sociedad* (32): 49-82

- Charles Scott, B. (2016). *From Disease to Desire. Panama and the Rise of the Caribbean Vacation*. Tesis doctoral, U of Texas.
- Corbin, A. (1993). *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*. Danielle Lacascade, tr. Madrid: Mondadori.
- Mack, J. (2011). *The Sea. A Cultural History*. Londres: Reaktion Books.
- Moreno Riveros, M. (1981). Aspectos históricos de la hotelería en Colombia. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*, 116(35). 18 p.
- Múnera, A. (2005). *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Nixon, A. (2017). *Resisting Paradise. Tourism, Diaspora and Sexuality in the Caribbean Culture*. U.P. of Mississippi.
- Thompson, K. A. (2006). *An Eye for the Tropics. Tourism, Photography, and Framing the Caribbean Picturesque*. Carolina del Norte: Duke U.P.
- Valencia Caro, J. (2011). *Cronología para un estudio del turismo en Bogotá*. Documento personal en línea. 66 p.

Hombres en las playas de San Andrés y Salgar: del Puerto Libre al Frente Nacional

Mónica María del Valle Idárraga

“Las Arenas no son infértiles. Aposentan el silencio en todo ese ruido que las rodea”
(*Tratado del Todo-Mundo*, Édouard Glissant)



En la arena, con su padre. Foto tomada en las playas de Coveñas hacia 1980 durante una visita vacacional. Foto reproducida con permiso de Ana Milena Jaramillo.

Preámbulo a unas anotaciones sobre cuerpos y playas

Nací entre las montañas de un valle. Y me identifiqué hasta muy tarde en mi vida con los versos de un bardo nacido en la misma cuna: “No he visto el mar. Mis ojos/—Vigías horadantes, fantásticas luciérnagas;/ mis ojos avizores entre la noche;/ [...] mis ojos vagabundos/ no han visto el mar”. Cuando pude ir a su encuentro, llevaba a cuestas ese poema, y otro regalo poético que había sido una forma de la complicidad con un amante literato: quien se ofreciera a acompañarme al mar debía ser capaz de describirlo magnamente previo a mi contemplación. Su trabajo probaría si era digno del amor. Cuando llegué a la ribera, acompañada de otro enamorado, mudo para la descripción, las anticipaciones literarias me parecieron más espléndidas y memorables de lo que esa gran sábana verde-azul me suscitó.

Solo ahora comprendo que esa vista y esas expectativas encajaban en un encuadre del mar y de la “costa” colombiana que mi generación, mi género y mi clase vivieron como su mar: el mar para el romance, el mar tranquilo y placentero, la sal y el perfume del calor salobre, un lugar sin ningún habitante en los alrededores, ningún vendedor de pescado, ni siquiera de pulseritas y ceviche. Solo el mar. O mejor: el mar solo. De cierto modo, los Paisas de mi grupo fuimos como el veedor que Mary Louise Pratt vio en los cronistas y exploradores coloniales: creímos, o fingimos, descubrir solos y por primera vez la inmensidad del mar que era para nosotros la corona de un territorio que considerábamos nuestro, algo allí arribita del croquis de una gallina donde nosotros vivíamos. Esa es mi primera versión del mar en su superficie. El primer encuentro.

El siguiente fue el mar por dentro. Varios años después, una madrugada de noviembre, en las mismas tranquilísimas aguas de El Rodadero, por la zona de las viviendas populares, me sumergí, cerquita a la playa: abajo, en la superficial arena entre un agua medio turbia, nada azul, había un gran mojón enroscado. Lo contemplé estupefacta

un buen rato, flotando sobre él, preguntándome si era de humano, pero en ese caso, ¿cómo es que no se había deshecho entre corrientes antes de ir a parar casi a los pies de cualquier turista? Luego, en la casa donde nos alojábamos, me explicaron que aquello era lo que un cierto pez devolvía al mar. Lo creí a medias. Pero así entraron a mi retrato del mar los peces y otros animales, que hasta entonces tenía disociados de su hábitat: para mí los peces venían todos del río Magdalena, a su paso por Puerto Triunfo, donde vivía parte de la familia que los enviaba para Semana Santa.

Después vinieron elaboraciones muy sofisticadas, a la par teóricas y vivenciales: el eros de la lejanía, esa mirada fija en el horizonte sobre el mar que Lezama Lima conceptualiza amorosamente y que yo compartía porque temía el ahogo. Su periscopio letrado al fondo del mar de La Habana, con una danza de peces multicolores y un tiburón, y dos amantes alejados en el espacio que se tocan los dedos en una forma poética anticolonial, familiar de la hidromancia. La versión inglesa de esa misma mirada, anclada sobre la profundidad, de los poetas Brathwaite y Walcott, la unión submarina, la historia es el mar, que sumaron al asco del primer mojón el escalofrío de la muerte masiva de africanos, en especial, y que al hacerme bajar los ojos hacia mis pies en el agua me mostraron en las aguas de la bahía de Fort de France que las corrientes son múltiples, en varias direcciones, recorridas y pobladas por legiones, dispersas, y no una tranquila onda sucesiva y lineal. Así el mar, en un ángulo óptico distinto, empezó a develarse más bien como construcción ficcional, como vehículo histórico.

Por mi piel, que se resiente de la sal y del sol, viví la tercera materialización del mar, una línea dolorosa como la anterior, una forma encarnada de la historia en mi subjetividad Paisa, también esta vez. En el seno de una bahía chiquita, pública, colindante con un antiguo escenario de curación por aguas altamente exaltado, de nuevo, por Lezama Lima —Doctor's Bay, en Montego Bay—, un 31 de diciembre, al ocaso, fui objeto, con horror, de la colonial, contradictoria fascinación por la piel blanca. En mi adolescencia, ir al charco o la piscina, o al pueblo

de mis primos en San Carlos, o usar falda, me implicaba ser objeto de burlas por esa piel lechosa y enfermizamente delicada, que aun de noche me delataría si estuviera expuesta en algún trance desnudo. Esa piel que sin embargo era apreciada en lo seco de las reuniones sociales, en el brumoso futuro de un buen matrimonio. En aquellas aguas de Montego Bay, una niña de unos once años, delgadita, con dos enormes y acariciantes ojos, imitada por dos niños menores, casi difuminados con la noche que llegaba, me seguía, intentando aprisionar mis pies entre sus manos, un codo, algo mío, lentamente, entonando un mantra incrédulo: what a lovely complexion! Como si en reversa de las macabras historias del jabón blanqueador de pieles, esa superficie nacarada tuviera que rasparse o tocarse a fondo para constatar su realidad, su existencia, su propiedad preciada.

En otros momentos, en otras playas del Gran Caribe, presencié con pasmo la cuarta forma de materialización del mar: unas bellezas sonoras. En Barbados, un hombre corpulento, de piel oscura, cantaba un arrullo en las aguas y a ellas, mirando al horizonte, cuando la luna empezaba a mostrarse. Semi-sumergidas en una ensenada de Sint Maarten, dos mujeres gruesas, de impermeables y entrecanas trenzas, cantaban casi en susurro alguna melodía dulce al elemento que las rodeaba. De este mismo talante adorador fue la fiesta a Agwe Taroyó en una playa de Jacmel, en Haití, durante un julio jubiloso. Y el canto espontáneo que tres adolescentes le hacían, mientras sus cuerpos rodaban sobre las piedras de un mar picado, en Cabo Haitiano, y sus manos me jaloneaban intentando no dejarse llevar por el agua, entre juguetonas y asustadas.

Y así, de onda en onda, arribé a aquel momento en que, caminando con gente querida por las arenas de Pradomar, atravesé, huyendo de una playa con jaulas recubiertas de tul azul, un caño de aguas residuales que desembocaba en el mar. Iba irritada. Para apaciguarme, caminé la estrecha franja oscura de esa playa, por sobre grandes rocas, en dirección contraria a las casetas para turistas. Y regresando a donde estaba la compañía, viéndolos desde la distancia, imaginé la

misma playa Paisa del inicio y hubo una oleada de preguntas: ¿cómo habíamos llegado a esta forma de hotel expuesto que es una playa para turistas?, ¿a sus platos servidos, y sus altos precios, a su limpieza para el visitante, a las techumbres de paja y a las sillas plásticas? ¿A los perros playeros? ¿A las gaviotas chillonas hambrientas de sobrados? ¿A los cuerpos presentables en bikini? ¿Al asedio de hombres de canillitas flacas sobre esos cuerpos interioranos? ¿A la idea contigua de que esos cuerpos de canillitas flacas eran también deseables? ¿Al bronceador? ¿A las playas blancas de arena fina y mares turquesas por sobre las de arena acerada y agua herrumbrosa?

Esas preguntas fueron hallando respuestas parciales, pero más que nada suscitaron un delta de cuestionamientos en los ires y venires entre los textos y las conversaciones... con Eliana Díaz en los oníricos, incendiados territorios de Sam Lord, en mis propias pisadas en el Pacífico y en otras partes del Gran Caribe, y en la imprevisible, nutricia y sorprendente experiencia de las riberas y las aguas con Dany: Negril, Maracas, Manzanilla Bay, el Canal de Panamá, el Amazonas, el Río de la Plata, el Paraná, Piangüita y Magüipi, Buenaventura. ¡Qué pocos cuerpos como el suyo pasean por las playas! ¡Y por qué es así! ¡Cómo su cuerpo se adormece en las lanchas y cómo avanza sobre las olas! ¡Qué pocos como él son capaces de percibir los ángulos en que los discursos intentan definirlos y delimitarlos!

Todo eso fue: el mar, el agua, traída y llevada, encorsetada, soñada; la playa, inventada y vendida como un enorme y mullido sofá. La arena, todo, menos silenciosa; más bien: inquieta, pegajosa, imantada, formidable bajo el microscopio. Efectivamente fértil y mil veces glosada.

Las páginas que siguen son mi exploración de algunas de las formas como el mar (y la playa) del Caribe se ha construido en Colombia, y de cómo esa construcción ha atravesado ideas sobre los cuerpos, el mío incluido. Como Paisa, como Caribeñista, como intelectual comprometida con sondear las narrativas que han otrificado lo Negro en el Gran Caribe (Colombia incluida), en este caso, pasándolo por agua, o apropiándole sus aguas, este capítulo busca contribuir a explicitar algo

de ese encuadre. Porque no contemplamos el mar con inocencia ni nos hundimos inocentemente en él, sino que siempre lo estamos contemplando y nos estamos hundiendo en sus teorías.

Esta investigación se mueve entre documentos visuales, fotos y textos literarios, detallando varias formas de masculinidad que circularon y se posicionaron entre los años de 1950 a 1990 en Colombia.

El argumento que aquí desarrollo (heredero de los estudios de género) es que los espacios y los cuerpos se prestan sentidos mutuamente, de manera que analizando los cuerpos públicos/publicados de algunos hombres (en su sentido óptico biológico) en algunas playas de Colombia, durante el período señalado, podemos apreciar qué significados se otorgó a los lugares que sirven de escenario a esos cuerpos. Los pilares de esta premisa son preguntas como estas: ¿Cómo se construyó el espacio que llamamos playa? ¿Qué significado se atribuyó a esos lugares (en particular, Punta Paraíso, Johnny Kay, Bahía Sardinias, en San Andrés, y Salgar, en Barranquilla, y de un modo impreciso algo llamado “la costa” por parte de otros narradores). ¿Qué relaciones se presumen o se declaran en documentos visuales y en textos literarios entre locales y foráneos? ¿Qué cuerpos de hombres se exhiben en esas playas?, ¿cómo se exhiben?, ¿para qué se exhiben o son exhibidos? ¿Cómo la presencia y exhibición de estos cuerpos modula el lugar y, a su vez, cómo el lugar modula las expectativas sobre esos cuerpos y sobre el género al que representan y que es interpelado por medio de su exhibición?

El supuesto de este trabajo es que las formas de la masculinidad son varias, que sus sentidos son múltiples y a menudo yuxtapuestos. Sin embargo, en el marco del lapso temporal del trabajo, que corresponde burdamente al período del Frente Nacional (y sus prolongaciones en los años 1980), hay algunas masculinidades fuertemente atadas al surgimiento y posicionamiento del turismo. Es la época de la transición del mundo andino al mundo costero, incluyendo la isla